

Al aceptar otra cultura como suya, perdían el objetivo de la rebelión, se transformaban en actores de un espectáculo de dominación. Nobles y villanos se empujan por ver a estos salvajes transformados no en prisioneros, sino en partidarios de la dominación. La Utopía gira rápidamente hacia una robinsonada. ¿Cuál es su imperativo psicológico? Ya no una sociedad mejor, más libre, más humana, sino una isla en la que hay que reproducir la sociedad europea, a cambio de trasladar su estadio espiritual y comodidades. Donde unos piensan y otros trabajan. Unos comprenden toda la civilización y los otros inician su fetichismo. Es una Utopía a media asta. No es una nueva forma de relación de los hombres y la propiedad, sino la antigua que se ha despojado de toda pugna y fue reemplazada por la inocencia, la amistad y la colaboración. La comprensión mutua sobre la base de aceptar cada quien su lugar en la desigualdad en la producción, distribución y consumo de cultura. Finalmente, una peste de viruela no tan fuerte en 1760, que mata «gracias a Dios» a tan sólo¹⁷ un treinta por ciento de la reducción, se lleva el trabajo de años con sus artistas. Deberá enterrar a los dos mejores violoncelistas, otros cuatro no tan buenos, dos arpistas, un violinista, al primer flauta traversa, dos cantores *tiples*, un soprano, un tenor y un bajo¹⁸. Aquello fue como si la selva, con sus yaguaretés y multitud de serpientes, se hubiese tragado a Viena. El Danubio, las bibliotecas, el Paseo del Práter masticados por un oso hormiguero. Los pianos vieneses lanzados al aire por los pasos repentinamente inarmónicos, destemplados, de las mulas amaestradas en cargar esos instrumentos por todo el infinito Virreinato desierto, llamadas por lo mismo *pianeras*. Las *mulas pianeras* eran el correlato animal cultural de los *indios cantores de Viena*. Unos y otros cargaban la música sobre los lomos para otra parte y otra gente.

Si el misionero entendía su obra como un esfuerzo heterodoxo por salvar a los indios, conducirlos a la fe de Cristo, educarles en los valores culturales más finos de Occidente, y ello lo sintiera íntimamente como la contracara de la conquista, de todos modos, la viruela desmoronó su castillo musical, es decir, la educación, la fe y la vida. El experimento de orquesta vienesa —hipotéticamente liberador— concluía con los rasgos propios de la conquista, la catástrofe demográfica india. Esta fuerza sobrecogedora, casi un destino manifiesto de la conquista, barría con cualquier utopía, proyecto cultural, incluso con los más tímidos como éste. Todas las fintas del misionero para eludir a los poderes externos, su concentración artística en los clanes, etcétera, terminaban a la manera clásica americana. En este caso con la viruela, que aniquilaba a los cazadores de las reducciones del Chaco, a través de su contagio en el puerto de Santa Fe, cuando éstos llevaban allí en barcas los productos de la Utopía para el intercambio. La propia masa india que ante los signos de viruela en las reducciones, escapaba inmediatamente a la selva abandonando a los enfermos, resolvía a su manera esta contradicción cultural elemental: entre los bosques de quebracho no encontrarían a Viena pero sí la vida.

¹⁷ Paucke, Florián, op. cit., T. III, 1.^a parte pág. 32.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 33.

La fiesta robinsoniana

En la segunda fiesta de San Javier los españoles traen el alcohol que el *pater* ha prohibido en su isla mediante el recurso de premios y castigos. Los que cumplen sus órdenes recibirán regalos, los otros no. Pero para los españoles no puede haber bacanal sin alcohol, por ello insisten. El misionero coloca a escondidas entonces, tres partes de agua en el escaso vino para los indios. Cuando los españoles notaron el engaño que el misionero hacía con sus indios, empezaron a reír. Es la primera risa que aparece en la fiesta. El propio escenógrafo acompaña al coro de los rientes, mientras los indios agradecen y repiten que «dulce es el vino español»¹⁹. La inocencia de los cazadores ha sido envuelta en la risa procaz del mundo superior. A ello se pliega Robinson, abandonando a sus indios para entregarse al mundo blanco riente. Para los cazadores el mundo es blanco-negro, llanto-risa, integración física con los sentimientos; desconocen la farsa. Es decir, la distancia del espectador que puede reír del llanto o de la risa. El *desde* supone la no integración y por fin, el dominio. Los *utopianos* se convierten en *Viernes*, el único mundo en dos, y *Utopos* que no es propietario de los excedentes, se comportará como tal, es decir, como Robinson. La masa india empieza a reconocerlo como propietario sólo porque tiene el poder de decidir.

En la segunda fiesta se prepara una modificación de contenido, antes de la fase de los juegos. Es un tránsito que debe fijar aún más la imagería del poder. El Alférez permanece a caballo debajo del arco, a su lado los sostenedores de las borlas del estandarte real, y a ambos costados las Compañías con sus lanzas levantadas. Entonces, una atropellada de jinetes se lanza sobre el Alférez como si pretendieran aplastarlo. A seis pasos de distancia, sofrenan sus caballos de una manera tan violenta, que éstos quedan sentados sobre sus ancas, y entonces los cazadores inclinan sus lanzas ante el Alférez²⁰. Se trata de consolidar dos poderes: el de los caciques sobre los clanes, y el de los blancos sobre los indios. Entre los mocobíes los caciques no tienen poder sino durante la guerra. En la vida normal, la de la producción, son los que menos tienen y jamás pueden ordenar ni aconsejar nada, so pena de que se les rían, o que durante alguna borrachera algún indio recuerde ello como una afrenta y le dé una tunda. Andan con ropas raídas, porque cualquiera de la tribu puede exigirle sus prendas al pasar junto a él. Es el mecanismo que guarda el clan para evitar que el poder de la fuerza, la inteligencia y la moralidad individual, se conviertan en poder material individual. Pero ello constituye una traba para la isla de Robinson. Ella depende del misionero, y éste de la forma en que lo sigan los caciques. Es necesario transformar a éstos, de jefes guerreros en directores de la producción. La guerra contra el blanco se elimina, y esto pudiera conducir a la irrelevancia social de los propios caciques, a una rebelión subjetiva, obligando a sus clanes a abandonar la reducción, a riesgo de dejar de ser lo que son. Para conservarlos como caciques hay que darles poder civil, productivo y por lo tanto, también distribución calificada de carne y premios. Entre éstos y el misionero se forma una verdadera clase social diri-

¹⁹ Paucke, Florián, op. cit., T. III, 1.^a parte, pág. 20.

²⁰ *Ibid.*, pág. 21.

gente, sin títulos sobre el ganado, pero con decisión para disponer de ellos. La estética de la fiesta y su lenguaje deberán fijar esta pirámide. La propiedad sigue siendo social por su forma, pero individual, del misionero, por su contenido. Ordena su distribución, acumulación e intercambios. Los excedentes permiten que el misionero viva con mayores comodidades blancas. Y si los clanes no se percatan de ello, ni se rebelan contra la igualdad abandonada, es por el celibato perpetuo. La no-mujer es una desposesión que coloca el misionero por debajo de los cazadores. El desposeído sexualmente, en la conciencia de éstos, es el mayor de todos. Poder máximo y desposesión total se integran.

Jamás los cazadores pasarán, desde ahora, sobre el poder de los caciques y el rey. Porque en la fiesta son ellos mismos. Y es una fiesta real, no imaginaria, porque se origina desde arriba. Nadie puede poner en duda durante esas horas que un indio representa al Rey.

La sociedad de cazadores se esconde. El poder indio y el blanco pasan a ser una misma persona: el Alférez Real indio. Ante él se inclinan las lanzas, y los caballos se detienen con una violencia estremecedora. Ni siquiera el Alférez debe, para ello, levantar un arma. Le basta con su orla de poder. A los caciques los cautiva su nueva situación social y se integran cada vez más gozosos al dominio blanco. La fiesta es la expresión abigarrada de todo este mecanismo. A partir de allí, entonces comenzarán los juegos.

El final de juego blanco

El sacerdote incorpora hasta los juegos europeos. Carreras de siete «parejas» de caballos, donde participan los soldados como jinetes y apostadores contra los indios. En el centro de la plaza se colocan seis columnas, sobre las cuales, en vez de cabezas, se ven zapallos bien redondos. Es el «carroussel». Los indios dan vueltas y ensartan las calabazas con sus lanzas. La habilidad es tan formidable, que es posible que los españoles se tocan sus gargantas. Es otra advertencia, ésta es la «República» independiente. Están preparados para defender la «mejor sociedad posible» según la definió Moro. La mejor de lo posible. Cabría la pregunta de si en las condiciones del siglo XVIII, ello podía ser cierto. Derrotada la tesis lascasiana más audaz de la autonomía cultural india, quedaba la tesis jesuítica de protección india bajo el poder de la Compañía. A cambio de la protección, la incorporación de una nueva cultura y la producción de excedentes para la orden. La fiesta, para ello, debía crear lazos culturales, afectivos, códigos de subordinación, mensajes sobre el poder y en manos de quién se hallaba, una ritualidad de la dominación, un símbolo de la fuerza india a disposición de la Orden, una advertencia precisa a las ciudades blancas de que el juego de guerra podía convertirse en cualquier momento en una realidad de guerra. Nada estaba invertido como en las fiestas de la cultura popular de la Edad Media,

sino que todo estaba en el lugar donde debía estar, significando los poderes reales de la economía, las ideas y la fe. No era una fiesta utópica. Si algo tuvo de Utopía la misión jesuítica, no se expresaría jamás en su fiesta. Desapareció de todos modos, con la reducción, aplastada por las praderas y la selva, después de la expulsión de la Compañía.

Todavía creemos oír las notas de los *indios cantores de Viena*. La música del dieciocho pervive, pero de los mocobíes sólo quedan algunos documentos, como el *Hacia allá y para acá* del padre Paucke. La Utopía no los salvó, y la isla de Robinson estaba demasiado cercana e infiltrada de civilización e intereses blancos, como para que no fuera apetecible por los grandes poderes. Ella no significó universalidad de culturas, sino algo más complejo, un esfuerzo individual y humanitario colosal, detrás del cual se colaría el sistema de colonialismo material y espiritual. Grandes artistas, pero rendidos. Violonchelos, violines y flautas traversas izadas como banderas con un paño blanco en el extremo. Los blancos nobles se sentaron a la mesa de la Utopía, a escuchar su música ejecutada por los salvajes cazadores. Era, en verdad, la fiesta a la que habían aspirado siempre.

Eduardo Rosenzvaig

